

La poesía y los niños

La poesía y los niños

Del camino

No hay camino, dijo el maestro.

Y si acaso hubiera un camino
nadie podría hallarlo.

Y si alguien por ventura lo hallara
no podría enseñarlo a otro.

José Manuel Arango.

Secreto: la poesía que habita en mi corazón.

Valentina, 9 años.

Escribo poemas, figuras hechas de letras y silencios que aspiro lleguen a contener poesía. ¿Pero qué es esto de poesía? Hay casi tantas definiciones como poetas, y cada uno de quienes queremos entenderla puede escoger a gusto alguna de esas definiciones para esgrimirla en momentos serios. Aquí va la mía, recogida de Octavio Paz: “el poema es un caracol en donde resuena la música del mundo y metros y rimas no son sino correspondencias, ecos, de la armonía universal.” Su manera de contar ese misterio cotidiano me gusta, y toca lo que he creído ver en el trato que los niños tienen con las palabras y con el mundo. Borges *ejecutaría* -con firmeza- a la palabra misterio, y cito en extenso porque vale la pena: “La poesía no es para mí la expresión de aquel azoramiento ante las cosas, de aquel asombro del Ser que todos hemos sentido tras de un suceso excepcional o sencillamente después de una disputa metafísica, sino la síntesis de una emoción cualquiera, que si es clara

y precisa no ha nunca menester vocablos inhábiles y borrosos como misterio, enigma y otros semejantes. El asombro e inquietud que esas palabras dicen es lo contrario al pleno adentramiento espiritual que la poesía supone". Permítanme sin embargo unir lo cotidiano al misterio, justo para ligarlo no a lo excepcional y prestigioso, sino al día a día de los niños, en su "adentramiento espiritual" donde casi no hay palabras. Entonces entiendo, por el trato con ellos durante años, que en su condición de niñez todavía habitan la realidad sin las nociones que les impondremos, para que "sepan" que así se la explica...que así deberá vivirse. Esa es una de las funciones de la educación...y de los padres. El mundo entonces será como lo que nos dicen que es, y tendrá – forzado- que encajar con la vida. Los niños sólo están y aún no saben (hasta cierta edad) por fortuna, y sin culpa, que viven sus días, sin conceptos, ni opiniones. Ellos simplemente ocupan los instantes con la enorme seriedad que tienen cuando juegan, por ejemplo. O cuando sienten que sus aventuras extraordinarias de olores, de emociones, de sentidos diversos, pueden ser contadas a algunos adultos que están dispuestos a escucharlos sin indulgencia o condescendencia, que disimulan con eficacia nuestro desdén habitual.

Los niños nos entregan señales de su andar y así evocamos cómo cada cosa, cada objeto, cada ser, ofrece atisbos de un saber olvidado que "recuerda" quien logra estar atento. Lo que fulgura, en la poesía se entrevé. Muchos chicos apenas farfullan y sus precarias palabras a veces inauguran sentidos, imantan revelaciones. Palabras lustrales. Aunque les parezca excesivamente romántico, creo haber percibido en las expresiones infantiles, en sus preguntas, en sus frases e historias, en su escritura, impecables hallazgos. Por su mirar incisivo, atento y curioso, por su detenimiento y percepción del mundo de la vida, me complazco en suponer que su experiencia aún estaría cercana a la rica manera de habitar el mundo de los presocráticos, cuando la filosofía y la poesía eran *hermanas de leche*.

Sé que muchos menosprecian la escritura infantil, porque no hay una formación, un conocimiento del lenguaje, un rigor. O porque se cree que sus aciertos sólo son fruto del azar, y en ese sentido, casi despreciables, o peor aún: "eso lo copió de algún adulto". Es justamente porque sus voces en el

papel le hacen esguinces a las normas y juegan con los vocablos tratando de decir lo que difícilmente saben nombrar; y trasladar el sentir y el pensar a las palabras no es tarea fácil...Es por los destellos que sus contadas palabras alcanzan cuando aún no han sido domesticadas, y no saben ellos que el nombrar amansa lo nombrado, y apenas se están preguntando cómo decir, y en sus días están viendo nacer los vocablos, todavía sin bozal, ni correa, ni imperio. Es por esto que me fascino con sus encuentros, con sus giros y sus correteos en las páginas liberadas por momentos de las leyes de la gramática y la ortografía, y el bien decir y lo políticamente correcto. Animalitospalabras que revolotean, nadan, respiran en las vocales y se retuercen felices en los estanques del apenas decir, del no sé todavía y del quiero nombrar por primera vez. Siento en ese comienzo de las palabras que con dificultad brotan y no precisan ropajes... siento muchas veces poesía, conocimiento intuitivo, profundo, del mundo; y tras esa sensación me abruma la convicción de cómo tantos escritores se han creído dueños de lo poético, e investidos de artificio y farsa nos han abrumado con palabras huecas, que ¡oh, magnánimos! deciden entregar a los mortales ignaros. Viendo a los niños, escuchándolos, leyéndolos, me dan grima y risa los que se creen dueños de la poesía.

Por supuesto, ya luego vendrá el conocimiento de la lengua, de sus leyes para razonarlas, de la tradición y sus poetas, pero no en esos comienzos de la lengua que balbucea y asiste –para el niño y para nosotros- al prodigio de un universo que surge.

Déjenme compartir con ustedes un poema de José Watanabe que desacraliza y enaltece el nacimiento de la semillita de lo poético:

De la poesía

El niño entró en la sombra de su árbol de extramuros
donde dejaba diariamente sus quehaceres de intestino.
y si otro niño en árbol vecino se acuclillaba
y se aliviaba

brotaba entre ambos
la honrosa complicidad en la depuración
del buen animal.

Esta vez, sin embargo,
una visión suspende al niño, lo fija
con estupor

bajo su árbol:
en medio de una anterior limpieza
crecía
una incipiente y trémula plantita.

y lo estremeció la imaginación del viaje
de la pequeña menestra
a lo largo de su cuerpo, su recorrido indemne,
incontaminado

y defendiendo
en su íntimo y delicado centro
el embrión vivo.

Y en la memoria del niño,
con difícil contento,
comenzó a elevarse para siempre
la planta mínima, tu principio, tu verde banderita,
poesía.

Hay muchos que dicen llenos de buenas razones y mejores sentimientos que a los niños hay que enseñarles poesía para que no pierdan sensibilidad, asombro y etcétera. Lo que entiendo que debemos hacer es impedir que la olviden, y recordarla con ellos, leerla y caminarla y nadarla con ellos, cuando entran en esos ríos del fluir de las cosas, en su profusión de analogías y correspondencias, como cuando bautizábamos a la realidad, y los sueños y el deseo nos ayudaban a acabar de crearla también.

Siento que hay que acompañar a los niños en ese camino y andarlo unidos para que los adultos no olvidemos, y todo recobre limpieza, transparencia. Plenitud contra toda miseria de lo humano. Y expoliación y crimen. Es

necesario mirarnos a los ojos, hablarnos desde el amor, la compasión y mi dolor que es el del otro, en la única fiesta cierta de esta vida, juntos.